

30 años de cooperación nuclear entre Brasil y Argentina para superar el recelo atómico

El acuerdo de 1991 permitió el desarrollo de la energía nuclear sin miedo mutuo: ambos países prevén contar con su cuarta planta para la producción eléctrica

° *No hay evidencia histórica de que estuvieran involucrados en un programa para producir armas nucleares, a pesar de declarar su derecho a las explosiones pacíficas.*

° *El proyecto argentino de central atómica con financiación china y la construcción de un submarino brasileño de propulsión nuclear levantan suspicacias entre otros vecinos.*

° *Bolivia acuerda con la rusa Rosatom la construcción de un centro de desarrollo de tecnología nuclear para aplicaciones en medicina y agricultura.*

EDUARDO VILLA CORTA

La cooperación nuclear entre Brasil y Argentina ha cumplido treinta años, constituyendo todo un ejemplo de cómo dos países que rivalizaron en programas secretos por temor a que su vecino lograra obtener la bomba atómica luego fueron capaces de aunar esfuerzos, en un ejercicio de confianza y transparencia, en el desarrollo de tecnologías pacíficas.

En 1991, la creación de la Agencia Brasileño-Argentina de Contabilidad y Control de Materiales Nucleares (ABACC) puso fin, dentro del proceso de democratización política e institucional que vivían ambos países, a los intentos que habían llevado a cabo las respectivas dictaduras militares en las décadas previas, en un contexto internacional de proliferación atómica, para adelantarse en capacidades nucleares. Desde entonces Brasil y Argentina se han centrado en el desarrollo de esa tecnología para usos civiles y pacíficos; son, junto con México, los únicos países de Latinoamérica que cuentan con centrales nucleares para la producción eléctrica.

Carrera nuclear

Los primeros planes en dirección a la proliferación nuclear en Brasil se remontan a 1951. Bajo el programa “Átomos por Paz”, en 1956 Estados Unidos entregó al Gobierno

brasileño un contenedor con uranio enriquecido al 90% con el que los científicos nacionales pudieron avanzar en su experimentación. Los programas se intensificaron con la llegada de la dictadura militar, en 1964, con tentativos de desarrollos por parte de las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Esos avances supusieron la ruptura de los acuerdos que Brasil había establecido con Alemania Occidental para la ayuda tecnológica en materia nuclear. Si bien toda esa actividad se estaba llevando de manera sigilosa, en 1979 el presidente brasileño, el general João Baptista Figueiredo declaró públicamente que era imperativo tanto la obtención de uranio y su enriquecimiento en el propio país como un desarrollo tecnológico autóctono para poder avanzar los programas en marcha.

Los avances en Argentina en esa misma dirección fueron paralelos, si bien Brasil siempre consideró que su vecino iba por delante y estaba cerca de alcanzar la supremacía estratégica. Documentos de inteligencia brasileños de 1982 así lo indicaban, aunque también constataban que los argentinos no estaban todavía construyendo la aspirada bomba atómica.

Implicados en esa carrera, ambos rivales no se sumaron al compromiso de no proliferación que se estaba abriendo paso en la región por presión estadounidense, con la aprobación en 1967 del Tratado para la Prohibición de Armas



Elena Maceiras, secretaria de la ABACC, en la celebración de los 30 años de la agencia [ABACC]

Nucleares en América Latina y el Caribe, conocido también como Tratado de Tlatelolco. El texto en realidad admitía la posibilidad de explosiones nucleares a modo de test para fines pacíficos, un asunto que ofrecía cierta ambigüedad y al que se acogían tanto Brasilia como Buenos Aires.

No obstante, como se indica en el *Journal for Peace and Nuclear Disarmament*, “no hay evidencia histórica, incluso después de dos décadas de acceso oficial y no oficial a documentos confidenciales, de que Brasil o Argentina estuvieran efectivamente involucrados en un programa para producir armas nucleares, a pesar de declarar su derecho a las explosiones pacíficas”. “Aparentemente”, según se confluente en el *Journal*, “el esfuerzo se limitó a actividades secretas destinadas a desarrollar tecnologías de doble uso que pudieran preparar a los países para la posterior producción de un dispositivo nuclear. Esta actividad, aunque secreta, no era ilegal ni violaba los acuerdos internacionales aplicables a ambos países en ese momento”.

Cooperación

El fin de las dictaduras militares en ambos países y la creciente adhesión del resto de países no nucleares al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares de 1970 generaron un clima propicio para que Brasil y Argentina superaran la desconfianza mutua y se abrieran a la

cooperación. El proceso de acercamiento tuvo un primer paso en la Declaración de Iguazú de 1985; luego se dieron sucesivos entendimientos hasta llegar a la Declaración de Guadalajara de 1991, que permitió la creación el 18 julio de ese año de la Agencia Brasileño-Argentina de Contabilidad y Control de Materiales Nucleares. Consolidada la nueva situación, ambos países ratificaron el Tratado de No Proliferación.

En la celebración de los 30 años de la ABACC, Argentina destacó que, gracias a la coordinación con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), las inspecciones mutuas constituyen un mecanismo “único en el mundo”, pues la “robustez” del modelo de verificación “hace que los programas nucleares de ambos países estén sometidos a los más altos estándares de transparencia, demostrado por el hecho de que la Argentina y Brasil están entre los países que reciben la mayor cantidad de inspecciones en su territorio”.

Ya unos años antes, la Cancillería argentina había subrayado que, más allá de la inspección, existía una amplia cooperación en varias iniciativas, como la construcción del Reactor Multipropósito Brasileño y el RA-10 de Argentina, “dos proyectos emblemáticos conducidos conjuntamente por ambos países y capaces de abastecer todo el mercado regional del radioisótopo Molibdeno-99, clave en la industria medicinal”.

En cuanto a centrales nucleares, Brasil cuenta con dos reactores, Angra 1 y Angra 2, y espera que el Angra 3, cuya construcción se paralizó en 2015, entre en servicio en 2026. La producción eléctrica no llega al 4% del mix energético, pero el Plan Nacional de Energía 2050 prevé multiplicar por cinco la potencia instalada actualmente, gracias a la construcción de una cuarta planta. Por su parte, Argentina tiene tres centrales: Atucha I, que fue la primera instalación de energía nuclear en Latinoamérica, Embalse y Atucha II, cuya construcción estuvo paralizada durante un tiempo; tienen en conjunto una capacidad de generación del 7% de las necesidades eléctricas del país.

En ambos países, las dificultades financieras y las dudas sobre el futuro de la energía nuclear constituyeron un momento de duda para el impulso del sector, pero la incertidumbre que los acontecimientos internacionales suponen para la seguridad energética han vuelto a potenciarlo.

A pesar de la cooperación brasileño-argentina y de la que existe a un nivel regional más amplio, se dan algunos elementos de malestar entre algunos vecinos continentales. Por un lado, ha generado desconfianza que Argentina, que en su día ya tuvo tratos con Irán que fueron acogidos con suspicacia, haya llegado a un acuerdo para la construcción de una cuarta planta nuclear, Atucha III, con financiación china. Algo parecido ocurre con el acuerdo entre Bolivia y Rusia para que Rosatom construya en el país andino un centro de desarrollo de tecnología nuclear para aplicaciones en medicina y agricultura.

Por su parte, Brasil está desarrollando un submarino de propulsión nuclear (SSN); aunque no llevará armamento nuclear, supondrá un incremento de las capacidades navales del mayor país de la región. ●